



Medioambiente

Dinámica y gestión de ecosistemas

Estado y manejo de recursos naturales de diversos territorios



Medioambiente

**Dinámica y gestión de ecosistemas
Estado y manejo de recursos naturales
de diversos territorios**

SILVIA LUCÍA VILLABONA GONZÁLEZ
DAGOBERTO CASTRO RESTREPO
Editores académicos



CATALOGACIÓN EN LA FUENTE

Villabona González, Silvia Lucía (Ed.)

Medioambiente : Dinámica y gestión de ecosistemas. Estado y manejo de recursos naturales en diversos territorios. / Silvia Lucía Villabona González y Dagoberto Castro Restrepo, editores académicos.— Rionegro : Fondo Editorial Universidad Católica de Oriente; Retec, 2020.

ISBN: 978-958-5518-49-0 (digital)

162 p.; 27 × 21 cm.

1. Conservación de los recursos naturales. 2. Ecología. 3. Medioambiente. I. Villabona González, Silvia Lucía (Ed.). II. Castro Restrepo, Dagoberto (Ed.). III. Título.

577.7 CDD 21.ª ed.

© Universidad Católica de Oriente

© Retec

ISBN: 978-958-5518-49-0 (digital)

Primera edición: diciembre de 2020

Editores académicos

Silvia Lucía Villabona González

Dagoberto Castro Restrepo

Autores

Amparo Albalat Botana

Carlos Guadarrama Zugasti

Laura Elena Trujillo Ortega

César A. Ramírez Miranda

Luciana Helena Alves da Silva

Maria Geralda de Almeida

Aníbal Pineda Canabal

Mario Alberto Quijano Abril

María Cristina Franco Ospina

Óscar Javier Zapata Hincapié

Dagoberto Castro Restrepo

María Isabel Domínguez Rave

Cindy Pamela Quintero Corredor

María Luisa Villalba Morales

Karen Cristina Hormecheas Tapia

Walter Lugo Ruiz Castañeda

Carlos Mario Vargas Restrepo

Diego Andrés Vélez Rivera

Milany Andrea Gómez Betancur

Luz Adriana Quintero Osorio

Juan Carlos Franco Montoya

Diego Andrés Aguirre Cardona

Ana María Aristizábal Montoya

Natalia Osorio Santa

Luisa Fernanda Hoyos Rincón

Lleiquin David Arias

Silvia Lucía Villabona González

Isabel Cristina Gil Guarín

Rafael Navarro-Alzate

Bertha Gaviria-Gutiérrez

Revisión de textos

Frey A. Narváez-Villa

Diseño y diagramación

Divegráficas S. A. S.

Editado por

Fondo Editorial Universidad Católica de Oriente

Sector 3, Carrera 46 n° 40B-50

054040 Rionegro (Antioquia)

fondo.editorial@uco.edu.co.



Se permite la reproducción del libro o de sus contenidos, siempre y cuando se dé el debido crédito a los autores, a la Universidad Católica de Oriente y a Retec.



CONTENIDO

PRESENTACIÓN.....	5
CONTRA-GEOGRAFÍAS: REPRODUCCIÓN DE LA VIDA RURAL EN TIEMPOS DE LA CONSERVACIÓN NEOLIBERAL.....	7
<i>Amparo Albalat Botana, Carlos Guadarrama Zugasti, Laura Elena Trujillo Ortega, César A. Ramírez Miranda</i>	
EN TIERRA DE LA SANTA: CUADERNO DE VIAJE A ARRAIAL DA BARRA.....	19
<i>Luciana Helena Alves da Silva</i>	
POLÍTICA DE PROTECCIÓN DE RECURSOS FORESTALES Y AGROEXTRACTIVISTAS, EN EL ESTADO DE AMAPÁ.....	29
<i>Maria Geralda de Almeida</i>	
MÁS ALLÁ DE LA TEORÍA DE LOS CLIMAS.....	43
<i>Aníbal Pineda Canabal</i>	
RECUPERACIÓN DE CONOCIMIENTO TRADICIONAL SOBRE LA FLORA EN LA MANIFESTACIÓN CULTURAL SILLETERA.....	55
<i>Mario Alberto Quijano-Abril, María Cristina Franco Ospina, Oscar Javier Zapata Hincapié</i>	
REHABILITACIÓN DE SUELOS POSTMINERÍA, UN PROBLEMA MULTIDIMENSIONAL.....	69
<i>Dagoberto Castro-Restrepo, María Isabel Domínguez Rave</i>	

TRANSFORMACIÓN TERRITORIAL EN JAGÜEYES, CASANARE POR EXTRACTIVISMO DE HIDROCARBUROS.....	85
<i>Cindy Pamela Quintero Corredor</i>	
INNOVACIÓN TRANSFORMATIVA COMO ALTERNATIVA PARA EL DESARROLLO SOSTENIBLE DE TERRITORIOS.....	97
<i>María Luisa Villalba Morales, Dagoberto Castro Restrepo, Karen Cristina Hormecheas Tapia, Walter Lugo Ruiz Castañeda</i>	
PLAN DE GESTIÓN AMBIENTAL Y EDUCATIVO EN LA UCO	
Una propuesta en perspectiva de la responsabilidad ambiental universitaria	
Avance de investigación.....	115
<i>Carlos Mario Vargas Restrepo, Diego Andrés Vélez Rivera, Milany Andrea Gómez Betancur, Luz Adriana Quintero Osorio, Juan Carlos Franco Montoya, Diego Andrés Aguirre Cardona, Ana María Aristizábal Montoya</i>	
EVALUACIÓN DE CALIDAD DEL HÁBITAT DE DOS HUMEDALES URBANOS DEL ORIENTE ANTIOQUEÑO, CON BASE EN LA ESTRUCTURA DEL PLANCTON.....	135
<i>Natalia Osorio Santa; Luisa Fernanda Hoyos Rincón; Lleiquin David Arias, Silvia Lucía Villabona González, Isabel Cristina Gil Guarín</i>	
BIODIVERSIDAD NEMATOLÓGICA EN UN AGROECOSISTEMA COLOMBIANO....	155
<i>Rafael Navarro-Alzate, Bertha Gaviria-Gutiérrez</i>	

MÁS ALLÁ DE LA TEORÍA DE LOS CLIMAS

Aníbal Pineda Canabal¹

Resumen

El artículo reconstruye sucintamente, en primer lugar, la historia de la llamada teoría de los climas desde la Antigüedad hasta la Ilustración, prestando especial atención a las ideas de Hipócrates, Aristóteles y Montesquieu. Se demuestra, en segundo lugar, cómo dicha teoría es revaluada al rango de mitología científica en virtud de la nueva configuración epistemológica que la geografía y la climatología adquirieron en el siglo XIX. En tercer lugar, se postula que, a pesar de la crisis de su estatuto científico, la teoría de los climas no desapareció en sus efectos, sino que antes bien sobrevivió en la organización colonial y en la construcción ideológica de la hegemonía occidental. Finalmente, a través de un análisis de la categoría «medio» se muestra cómo las relaciones entre el ser humano y sus condiciones geográficas se desarrollan en forma de un rico entramado de influencias que permiten postular una nueva comprensión ética y estética de dicha relación.

Palabras clave:

Teoría de los climas, Hipócrates, Aristóteles, Montesquieu, Canguilhem, geografía, medio.

¹ Doctor en Filosofía. Profesor de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Católica de Oriente. Miembro del grupo de investigación *Humanitas*. ORCID: 0000-0002-5797-4311. Correo electrónico: lpineda@uco.edu.co.



Introducción

La pregunta acerca de la influencia posible del clima, el relieve y el conjunto general de las condiciones geográficas en el carácter moral y espiritual de los pueblos ha acompañado sin cesar la reflexión filosófica occidental (Glacken, 1967). El acceso al agua, las condiciones térmicas y el lugar del globo terráqueo en que se vive fueron los criterios que sirvieron de ocasión para que pensadores de todas las épocas introdujeran taxonomías que les permitieron clasificaciones muchas veces apresuradas de la abigarrada variedad de lo humano. El conjunto de estas ideas es lo que tradicionalmente ha sido llamado teoría del clima o de los climas. Recientemente, J-P. Courtois (2016) resumió dicha teoría en un esquema tripartito que se encadena según un nexo de tipo causal simple: 1) existe una innegable *correlación* entre el ser humano y la naturaleza; 2) esta relación alcanza aspectos de la vida humana que trascienden el ámbito de lo puramente físico y tiene *implicaciones* en la cultura y en general en diversos aspectos de la existencia humana, tales como las relaciones socioeconómicas, la religión, la dieta, la forma de organización política y/o estatal o el conjunto de actitudes generales frente a la vida, etc.; 3) esto explica la diversidad de pueblos y culturas y sobre todo permite comprender la especificidad de cada *variación* de la especie y sus modos de vida.

Ahora bien, filosofar desde el territorio y desde sus circunstancias concretas, requiere como labor previa el esclarecimiento de las condiciones que el propio espacio geográfico impone tanto a la propia reflexión como a las perspectivas futuras del desarrollo de cada pueblo. Eso que se ha dado en llamar el territorio hace pensar, por su parte, en un modo de estar concreto, en una forma cultural de habitar el espacio y que asume usos y costumbres hasta elevarlos a la categoría de incitación al concepto. Además de lo anterior, el uso corriente del término parece implicar una forma particular de situarse de las periferias respecto a sus centros y, por lo mismo, una reivindicación de la pluralidad del mundo². Si no es posible pensar al margen de todas estas condiciones, tampoco es posible concebir de qué se es capaz sin tener en cuenta la larga tradición del pensamiento que pesa sobre nosotros.

Desarrollo

Breve perspectiva histórica

Pensar la relación entre el clima y el ser humano no parece cosa del otro jueves. Antes bien, a lo largo de muchas épocas ha parecido natural establecer diversos grados de correspondencia. Pero esta relación no ha sido percibida siempre del mismo modo. La asociación entre tiempo

² Para un análisis del concepto véase: Beuf (2017) y Giménez (2005).



atmosférico y estado de ánimo, por ejemplo, parece ser reciente. No para todos los seres humanos en todos los tiempos y latitudes, el sol que brillaba afuera se convirtió en causa de alegría adentro, ni los negros nubarrones y la niebla les provocaron abulia o tristeza. Pascal Bruckner (2000), por ejemplo, ha situado en la sociedad burguesa el comienzo de dicha asociación, que aparece para él de modo paradigmático en el siglo XIX en la obra del escritor suizo Henri-Frédéric Amiel y en la constante asociación de datos meteorológicos y referencias anímicas que este último establece en sus diarios. Investigaciones más recientes (Huibers, De Graaf, Peeters y Arntz, 2010) han llegado incluso a desestimar la asociación entre humor y estado del tiempo, a pesar de la creencia común que los asocia. Rápidamente se puede decir que este tema en particular no está cerrado y que merecería, al menos en filosofía, un tratamiento más sistemático y profundo.

Sin embargo, la teoría de los climas en forma de elucubración filosófica libre sí que ha sido objeto de gran atención a lo largo de la historia del pensamiento occidental. En este sentido, podemos decir que, como regla general, desde antiguo pareció a distintos autores que las medianías, por ejemplo, garantizaban médicamente escenarios óptimos de desarrollo a los hombres, mientras que los extremos climáticos resultaban ser impropios para la salud y el bienestar humanos. La «civilización» y el cultivo superior de las actividades del espíritu parecieron así más propicias a lugares intermedios que favorecieran el ingenio y el trabajo. Se juzgó, pues tradicionalmente, que el mejor lugar para el desarrollo de la especie debía estar situado en un punto entre la extrema bonanza, que propiciaba la pereza, y la extrema penuria, que imponía la necesidad de concentrar todas las fuerzas y las energías en la búsqueda de la propia supervivencia.

En este sentido, ya Hipócrates había observado las diferencias entre los distintos pueblos y recomendaba a quienes ejercieran la profesión médica que prestaran particular atención a los climas, los vientos y los suelos de modo que pudieran pronosticar e identificar las causas y el tipo de enfermedades que aquejaban a las gentes de los lugares que visitaban. Pronto, de lo estrictamente médico, saltaba también Hipócrates a la constitución de la personalidad: asignaba así un carácter belicoso a los pueblos de Europa y un carácter pacífico a los de Asia. Las razones sobre las que se asentaban tales ideas eran apoyadas por argumentos que el desarrollo científico de nuestra época nos hace tener por rocambolescos: el cambio de las estaciones con sus fluctuaciones y sus contrastes, por ejemplo, provocaban según Hipócrates, conmociones al interior tanto del cuerpo como de la mente, lo que conducía a los seres humanos a un carácter rudo y apasionado. Quienes vivían, en cambio, en condiciones climáticas más estables a lo largo del año, es decir, en regiones donde verano e invierno no evidenciaban contrastes tan pronunciados, entonces cultivaban una naturaleza más afable que expresaba la condición isotérmica de su hábitat. Lo que igualaba el calor en las zonas meridionales del mundo conocido de entonces, lo igualaba el frío en las septentrionales: los escitas, por ejemplo, que habitaban regiones del Norte, en la actual Ucrania, eran de piel glabra y no se diferenciaban de las mujeres ni por su físico ni por el amaneramiento de su constitución personal.



En contraste con esto, argumentaba también Hipócrates (1986), puesto que «los cambios en todos los aspectos son, en efecto, los que despiertan la inteligencia del hombre y no le permiten estar inactivo» (p. 73), aquellos hombres que viven en tierras donde el verano y el invierno acusan fuertes diferencias estaban mejor capacitados para ser dueños de sí mismos. La mentada afabilidad de los asiáticos y aun de los escitas, en cambio, los inducía al servilismo político y a la falta de independencia y del carácter necesario a la toma de decisiones, en una palabra, al vasallaje y a la sumisión. La fuerte disparidad térmica entre los meses de estío y el frío invernal llamaba, en cambio, al griego a la ingeniosidad.

También en la *Política*, Aristóteles (1988), siguiendo criterios análogos, basó la superioridad helénica en la posición privilegiada que le otorgaba su situación física, a saber, entre el frío del norte europeo y las tierras asiáticas. Dicha posición privilegiada de Grecia la hacía heredera de lo mejor del carácter de los pueblos o bien demasiado septentrionales o bien demasiado meridionales, al tiempo que le servía de barrera contra los desbordamientos que el clima producía en el espíritu de las gentes que moraban en esas otras latitudes. De su propia raza griega decía, por el contrario, Aristóteles (1988) que «vive libre y es la mejor gobernada y la más capacitada para gobernar a todos si alcanzara la unidad política» (p. 417).

Como se ve, la creencia en la influencia del clima en el carácter y en la constitución moral de los pueblos es de larga data y ha conocido a lo largo de la historia diferentes formas de expresión que han enfatizado uno u otro aspecto, según el caso. Debemos a Mario Pinna (1989) el haberse interesado en reescribir la historia milenaria de esta asociación y sus diferentes etapas. Para este autor, al final de la Antigüedad, junto a la idea de la influencia de las condiciones físicas que hemos estudiado, aparece además una idea no menos poderosa y determinante para la conciencia humana hasta la actualidad: la postulación de un imperio posible de los astros, la posición de las estrellas y del cosmos en general sobre las acciones humanas. La teoría del clima y la astrología anduvieron pues de la mano hasta el triunfo, al parecer definitivo, de la ciencia tras la Ilustración. La reconstrucción histórica de Pinna muestra la expresión de dicha problemática a través de los tiempos hasta el siglo XIX. No es de nuestro interés seguir punto por punto la exposición, tan rica en detalles, que Pinna realiza. Nos basta, para avanzar en el tiempo, decir por ejemplo que la Edad Media elaboró, al amor del influjo de las *auctoritas* griegas, una teoría de los climas que, con los elementos apuntados en Hipócrates y Aristóteles, continuó en la Época Moderna hasta adquirir un rostro que nos resulta incluso familiar.

Fue la paulatina configuración de los estados nacionales, que se realiza plenamente en la Modernidad en concomitancia con una lucha por el control económico y comercial del mundo, lo que trajo como consecuencia la búsqueda de una reflexión acerca del mejor lugar del planeta para vivir. El descubrimiento de América supuso una explosión de utopías geográficas que despertaron el deseo nunca del todo extinguido de hallar el paraíso en la tierra. Pero, acaso desde las Cruzadas, por motivos religiosos, se había postulado a Palestina, patria de Cristo, como



el lugar más apto para la vida del ser humano; aunque pronto los autores europeos intentaron mostrar las bondades del territorio de sus naciones de proveniencia. Francia, Inglaterra, Alemania o el continente europeo en general fueron pronto presentados como los lugares más aptos para el desarrollo humano. Según un esquema parecido al aristotélico, más una nueva base que el desarrollo científico empezó a hacer posible, el clima acabaría convirtiéndose, en últimas, en condición de la fortaleza política y económica de los países destinados por ello a regir los destinos del mundo. Una especie de mesianismo racial que se hizo posible en la Edad Moderna convirtió así a Europa en la destinada a regir los destinos del mundo ya no solo por derecho divino ni por justificaciones pseudoteológicas sino incluso por razones de naturaleza material y biológica, es decir, por la misma constitución física y el ingenio de sus habitantes. El clima (como la raza) fue convocado en este contexto como elemento fundamental del mantillo sobre el cual nutría el hombre europeo su superioridad intelectual, espiritual y política. Sobre estos dos criterios no fue solamente posible establecer qué sociedades estaban mejor preparadas para el ejercicio de la libertad política, sino que, como bien lo ha mostrado Castro-Gómez (2005) fue posible incluso establecer una jerarquía entre los seres humanos. Dicha jerarquía utilizaba una especie de criterio histórico según el cual los pueblos no europeos, menos «civilizados», en realidad eran testimonio de cómo había sido la humanidad en el pasado.

Por la sistematicidad a la que aspiran, por la importancia que ocupan en el conjunto de su obra y por su difusión e impacto, las ideas de Montesquieu sobre el clima resultan particularmente expresivas a la hora de entender el asunto. En *El espíritu de las leyes*, la tríada aristotélica e hipocrática «extremo – medianía – extremo» cede su lugar a la dupla «países fríos del Norte – países cálidos del Sur». Aquí, sobre una verdad física evidente, la especulación del filósofo edifica la entera teoría: así como el frío contrae y el calor distiende y afloja, el clima frío favorece la agilidad y el vigor, mientras que el caliente dificulta la energía y el equilibrio. Una serie de referencias homeostáticas, pues, le dan pie a Montesquieu para dar por hecho, por ejemplo, que el calor agobiante aleja a los hombres del trabajo, mientras que el frío los prepara a la labor. Así pues, parece evidente al autor francés que la diversidad climática está al origen de las distintas formas sociales en que se expresa la vida de los pueblos: «Las distintas necesidades en los diferentes climas han dado origen a los diferentes modos de vida, y estos, a su vez, han dado origen a las diversas especies de leyes» (Montesquieu, 2003, pp. 294-295). Pero su interés jurídico lo lleva además a postular como necesaria la labor rectora de instituciones en cierto modo externas a la acción misma, como la religión o la ley positiva, para corregir o mejorar aquello que el clima tiende a desviar naturalmente.

Las anteriores ideas ejercieron una influencia notable en su tiempo tanto a nivel filosófico como ideológico-político. De hecho, el eurocentrismo ilustrado tuvo en elucubraciones parecidas a la teoría de los climas en su versión ilustrada un arma ideológica importante, todavía no suficientemente explorada. Esta idea no solo sirvió a Europa en su pretensión de ser la casa en



propiedad de la historia, sino que se halló en el corazón de la plataforma doctrinal de los modos del imperialismo colonial posterior. El determinismo climático de autores como Montesquieu constituye junto a otras teorías de naturaleza racial o pseudorreligiosa, la base misma del eurocentrismo moderno y del colonialismo tardío. Rousseau, por no salirnos del eje de las *Lumières* francesas, estaba convencido de que la libertad, por ejemplo, no era «fruto de todos los climas» y por lo mismo no estaba «al alcance de todos los pueblos. Cuanto más se medita en este principio establecido por Montesquieu, más se penetra uno de su realidad. Cuanto más se le rebate, más ocasión se da para afianzarlo con nuevas pruebas» (1973, p. 231). Ciertamente, la opinión de Montesquieu dista mucho de ser la única y ya en su época fue atacada por autores como Hume o Voltaire, pero no por eso deja de ser sumamente representativa.

Según Courtois (2016), la teoría de los climas presente en *El espíritu de las leyes* es en realidad «una teoría de alcance medioambiental [...] en vez de una dudosa caracterología de asignación» (p. 141). Se pretendía así lograr una consideración positiva de dicha doctrina que sirviera de contrapeso a la carga negativa con que aparece usualmente cargada. Frente a esto, planteó más bien que «la teoría de los climas, en Montesquieu en particular, tiene que entenderse como una reflexión sobre lo que hoy en día llamamos el medio ambiente» (Courtois, 2016, p. 142). Las ideas de Montesquieu pretendían pues algo más que una vulgar taxonomía poblacional que determinara a las naciones según criterios climáticos. Sin embargo, es el uso político de estas ideas, presentes en la conciencia europea de la época, lo que aquí nos interesa. Dicho uso político excede el cuadro de las solas intenciones con que los autores del siglo XVIII expusieron sus teorías o escribieron sus obras y se inscriben dentro de procesos culturales y socioeconómicos más complejos que estaban en marcha en esa época. En efecto, como M. Mahony y G. Endfield (2018) han podido demostrar,

En el contexto imperial europeo, la determinación climatológica de las diferencias entre las «razas» humanas fue central en las autopercepciones de Europa occidental acerca de una inherente superioridad respecto a otros pueblos y ofreció a los primeros expansionistas bases aparentemente científicas para creer en su propio sentimiento de supremacía cultural (p. 2).

El prejuicio principal que estaba en obra y al servicio de la ideología dominante del imperialismo pretendía pues que los climas tropicales, por la exuberancia de su naturaleza y su sobreabundancia de producción agrícola, disponían a la pereza, a la poca previsión y, en el fondo, a la inmoralidad.

Es cierto que, como apuntara Mario Pinna (1989), la teoría del clima, al menos en su forma clásica, entró en crisis con el nacimiento de la climatología y de la geografía modernas, cuyo origen está marcado por las nupcias de dichos campos epistemológicos con las matemáticas



y los instrumentos aportados por los avances tecnológicos tras la revolución industrial. Esto trajo como consecuencia un enriquecimiento en la noción misma de clima desde entonces desligada de elementos únicamente térmicos. La temperatura, en la nueva ciencia, pasó pues a ser un componente entre otros, lo que condujo a la devaluación de la teoría de los climas en su forma clásica. Sin embargo, los desarrollos de la climatología y de la meteorología siguieron respondiendo a la razón del proyecto colonial y sirvieron de base a la experimentación sobre poblaciones y territorios según la lógica del capitalismo expansionista. Los discursos morales, la forma de entender la salud o las enfermedades, el discurso médico en general o la superioridad tecnológica de Europa, siguieron apoyándose en creencias de tipo climático que «siguieron informando la práctica de la medicina o la arquitectura colonial» (Mahony y Endfield, 2018, p. 12) durante el siglo XIX e incluso más allá.

También a nivel de América Latina, este tipo de convicciones permaneció activa en el trabajo geográfico, etnográfico y aun en la conciencia viva de las repúblicas hasta nuestros días. Castro-Gómez (2005), comentando en este sentido las tesis de Francisco José de Caldas y de Francisco Antonio Ulloa sobre el clima de la Nueva Granada, afirma que, para estos autores, por ejemplo:

El clima frío de la cordillera estimula más el desarrollo de la inteligencia que el clima ardiente de las costas. A medida que se va subiendo desde el nivel del mar hasta la cordillera, también aumenta el grado de perfección física y moral de los habitantes. Al nivel del mar encontramos «unos hombres colosales, pálidos, descarnados y lánguidos, teñidos con el color del cobre, sin energía ni viveza en sus movimientos, y que apenas parecen estar animados [...] Jamás saldrán de esas regiones de fuego un poeta, un orador, un músico, un pintor, ni ningún genio atrevido, capaz de honrar a su país» (Ulloa, 1808, p. 294). En cambio, en las alturas de los Andes todo parece ser diferente. Allí hasta los animales son más esforzados y corpulentos, los árboles más majestuosos y la vegetación más pródiga que en las regiones cálidas. La parte media de los Andes parece ser una zona semejante a la que describía Virgilio en sus poemas: «la más oportuna habitación para el hombre» (pp. 268-269).

Lo anterior prueba que las ideas de Montesquieu son pues apenas representativas de creencias fantasmáticas más arraigadas y difundidas en Europa o su área de influencia cultural. Por eso, por encima del aporte de autores como Courtois, lo que nos interesa subrayar es que estas ideas sirvieron, como dice H. Bentouhami (2015), para consolidar la imagen que el Occidente forjó de sí mismo, «a partir de una lógica de la imaginación construida a partir de los más contradictorios dualismos (Oriente: afeminado, cruel, pasivo, violento, dispuesto a la sumisión; Occidente: viril, moderado, activo, amable, dispuesto a la libertad)» (p. 25). Montesquieu no fue sino un popularizador de esas creencias, su renovador con los medios propios de la época moderna. Su importancia histórica viene además dada por el hecho de que



su vida se sitúa en un momento bisagra en el que la climatología y la geografía empezaban su camino de transformación epistemológica hasta alcanzar plenamente el estatuto de ciencias. Será este proceso de reestructuración de la cartografía científica y universitaria, que tanto ocupó al siglo XIX, lo que transformará la teoría del clima y la reducirá a mitología, sin que por ello los efectos de las ideas de base que le eran subyacentes se quedaran sin resultado. Continuaron más bien a informar una serie de prácticas y de dispositivos de poder que aseguraron el dominio del centro sobre la periferia.

Lo anterior demuestra la existencia de una forma particular de construcción de pseudociencia y de estados de hecho profundamente performativos a nivel sociopolítico a partir de «premisas admitidas únicamente por la opinión» (Bentouhami, 2015, p. 26). Dichas premisas, a través de un juego de metáforas retóricas, al sistematizarse en las grandes obras de una cultura, adquieren una forma de expresión pretendidamente universal. Así logran difundirse de modo inexorable, triunfando hasta alcanzar el *sensus communis* en el sentido en que, por ejemplo, Giambattista Vico (1971) lo piensa, a saber, como un «juicio sin reflexión alguna, sentido por todo un orden, todo un pueblo, toda una nación o todo el género humano» (p. 434). Muchas de las creencias en torno al clima han seguido este camino sin llegar a ser nunca ni suficientemente probadas ni suficientemente refutadas. Si este ya no es el caso para la revaluada teoría del clima en su forma clásica, si lo sigue siendo, por ejemplo, para la asociación, a la que aludíamos más arriba, entre tiempo atmosférico y estado de ánimo. Se comprueba así nuevamente que, tras la retórica científica, hay un conjunto de fuerzas mascaradas o invisibles que fundamentan e inspiran la objetividad de la ciencia en una «distancia epistemológica frente al lenguaje cotidiano» (Castro-Gómez, 2005, p. 14). La manera de entender el espacio (el Sur, el Norte, la selva, la montaña, el valle, el altiplano, el litoral) se construye pues sobre un imaginario atravesado por tradiciones hegemónicas cuyos presupuestos son rara vez puestos en cuestión fuera de los ámbitos reducidos de las ciencias humanas y sus órganos de difusión.

Hacia una nueva consideración del factor climático

Como hemos visto, el avance de la ciencia redujo la teoría de los climas a una suerte de mitología propia de una edad precientífica que debía ser revaluada. Aunque sus efectos políticos siguieron sintiéndose en la conciencia occidental y en sus zonas de influencia hegemónica, una nueva herramienta teórica se fue erigiendo como novedoso paradigma epistemológico para pensar la relación que la teoría de los climas intentaba pensar, a saber, la que se establece entre el ser humano y su entorno. De la noción astronómica, física y geográfica de clima, el siglo XIX fue introduciendo el concepto biológico de *milieu* (medio), cuya genealogía interesó vivamente a autores como Georges Canguilhem (1952).



La idea de *milieu* en tanto creación propia de la ciencia moderna fue concebida inicialmente a partir de la física newtoniana como lo que media entre dos cuerpos, esto es, aquello que permite su interacción. Pero de ese sentido originario, el término migrará hacia la biología en la época de la Ilustración: la luz o el agua serán también medios en el sentido de «circunstancias que influncian» (Canguilhem, 1952, p. 163) el desarrollo de la vida. Este pequeño matiz introducido por la ciencia ilustrada hizo posible que el clima empezara a perder el carácter de determinante absoluto del ser humano y de su conducta personal y social. Lo anterior trajo como consecuencia una relativización epistemológica del concepto que pasó a ser, en la nueva ciencia, una más de las circunstancias con influencia real en la vida. El clima fue pues devaluado a factor propio existente dentro de un concepto más amplio, a saber, el de medio. En este sentido el positivismo, según Canguilhem (1952), intentó construir una concepción dialéctica del medio, como el polo objetivo que sirve de escenario al conjunto de interacciones que los sujetos realizan con el ambiente en que viven. Sin embargo, a partir de las teorías de Darwin y quienes las contradijeron, ese medio exterior donde se desarrolla la vida deja de ser un factor absolutamente determinante y objetivo en las formas de vida de las especies: en eso consistió al final del siglo XIX el triunfo del vitalismo sobre el determinismo.

Las circunstancias exteriores no fueron más desde entonces los factores determinantes que imponían desde fuera necesidades a las que los cuerpos y las personalidades respondían en consecuencia. Es más bien «a través de la necesidad (*besoin*), noción subjetiva que implica la referencia a un polo positivo de los valores, como el medio domina y dirige la evolución de los seres vivos» (Canguilhem, 1952, p. 168). Así pues, la necesidad deja de ser una circunstancia puramente exterior y absoluta en su objetividad esencializada para ser más bien aquello que el mundo de la vida pone como respuesta a una serie de estímulos que le vienen de afuera pero que son reconvertidos en fuerza interna. «Hay una originalidad de la vida que el medio ignora y de la cual no da cuenta» (Canguilhem, 1952, p. 169): se trata de una plasticidad, de un dinamismo interior que lleva la vida a adaptarse, a transformarse de modo eminentemente centrífugo según el lugar donde se encuentra.

El siglo XIX, como decíamos, se constituyó como un período de intensa reforma epistemológica en el cual una serie de saberes adquirieron la forma de ciencia que conocemos hoy. De hecho, uno de los problemas principales a los que la filosofía de la época se vio confrontada fue precisamente la demarcación tanto de fronteras entre las ciencias como una demarcación clara entre los distintos regímenes del conocimiento. El atlas de los saberes, o para usar una expresión de Dilthey (1949), el *globus intellectualis*, sufrió pues la más importante reorganización de la historia de las ciencias. Dicho acontecimiento asestó el golpe definitivo a la teoría de los climas que desde entonces se disolvió en los problemas de la nueva geografía, la climatología, la biología o la psicología. En el caso concreto de la geografía, los estudios de Ritter, Humboldt y luego Ratzel y Michelet, que sentaron las bases contemporáneas de esta disciplina, hicieron



necesario plantearse de manera nueva la relación entre el ser humano y su medio. Pertrechada ahora de la solidez de un método científico propio y de los avances de la matemática y más tarde de la tecnología, la climatología abandonó especulaciones de naturaleza metafísica sobre determinismos posibles ejercidos sobre el ser humano por condiciones externas. Al clima se le sustituyó pues una compleja red de múltiples factores que configuran más que determinan el modo de vivir de los seres humanos, resultado del libre juego entre factores de índole cuantitativa junto a una relativa independencia de causas autónomas propias de cada sujeto.

Así, la geografía hará del medio, según Canguilhem (1952), una *provocación*, esto es, un elemento que excita la vida y la conmina a la producción de una respuesta: «el medio propone sin imponer nunca una solución» (p. 177). Para la escuela de Vidal de La Blache y Lucien Febvre, por ejemplo, el ser humano va a convertirse incluso en un factor geográfico, es decir que ya no solo es determinado por el clima o el ambiente exterior, sino que es entendido como un determinante que incide en el medio en que vive. Lo humano se vuelve entonces un elemento que, en relación dialéctica profunda con otros elementos bióticos o abióticos, incide en la regulación homeostática del planeta. El clima queda pues reducido aquí a un estímulo que espolea la vida, que la incita a la generación de condiciones que hagan posible su propia conservación. Tanto el clima como el medio dejan de ser una especie de fatalidad que se impone desde la exterioridad absoluta, como factor determinante que permanece siempre el mismo en su objetividad plena. Antes bien, la exterioridad es algo que la vida misma busca desde una actitud de éxodo, de salida hacia lo otro que no es ella y en cuyo encuentro realiza sus propias posibilidades inmanentes. Canguilhem (1952) dice al respecto: «vivir es irradiar, es organizar el medio a partir de un centro de referencia que no puede ser transferido sin que pierda su significado original» (p. 184).

A diferencia de la forma clásica de la teoría de los climas, las relaciones que se establecen entre el orden del sujeto y el orden del medio que lo rodea son fluidas, cambiantes, permeadas por lo social y por el desarrollo de las fuerzas económicas. Estas relaciones son al mismo tiempo irreductibles a leyes de naturaleza mecánico-material. Si la temperatura impone a un colectivo humano el deber de abrigarse en mayor o menor medida, por ejemplo, no logra sin embargo imponerle el estilo de vida o del vestido, ni los roles que este último adquiere según el género o la posición social. En este mismo orden de ideas, el clima deja de crear al hombre; es más bien el hombre quien crea su medio teniendo en cuenta el clima, entendido como un factor entre otros factores. La productividad misma de la vida y de la libertad da origen a una apropiación particular del territorio, y se halla a la base de muchos usos y costumbres de una sociedad. Puesto en evidencia el salto ilegal del orden físico al orden moral y/o a la constitución espiritual de las gentes propio de la teoría de los climas, esta es abandonada en su forma teórica, aunque no en las remanencias de sus formas políticas.



Conclusiones

Existe sin duda una discontinuidad entre lo biótico y lo abiótico, otra más específica entre lo vegetal y lo animal, otra más entre lo otro animal y lo animal humano y finalmente una discontinuidad entre lo humano entre sí. La teoría de los climas, haciendo uso de la capacidad natural de observación intentó dar cuenta de esta diversidad de tonos, ritmos y expresiones de la humanidad. Pero como esta observación todavía no estaba depurada por instancias exteriores de validación y contrastación que el método científico pudo aportar más tarde, en vez de reconocer una discontinuidad natural entre las distintas esferas del pluriverso, estableció más bien asociaciones apresuradas que postularon la continuidad entre lo abiótico y lo humano según relaciones causales mecánicas. Cuando la aplicación rigurosa de instancias de contrastación científica dio al traste con dichas ideas, no por ello estas dejaron de existir, sino que siguieron sirviendo a proyectos de dominación económica y de colonización epistémica. Descubiertas ambas ardidés, se hace necesario postular una forma nueva de reapropiación de dicha relación de discontinuidad que recorra senderos nuevos más allá tanto de las mitologías científicas sobre las que se basaba la teoría de los climas como de los modelos de explicación matemáticos y predictivos con los que la ciencia descompone la realidad hasta desmembrarla, quitándole así su significatividad.

En sus *Escritos literarios* (1965) Ernst Bloch parece proponernos un ejercicio que podría intentarse como propuesta final: caminar, pasear acaso, dentro de la propia habitación. El que tal cosa hace ve aparecer sin cesar los mismos objetos que normalmente pasan ante la vista sin reclamar atención alguna: mesa, ventana, piso, pared, paisaje. El que recorre su propia estancia una vez y otra y otra desarrolla pues la atención y empieza a descubrir de modo nuevo lo que antes, bajo la tiranía de la inatención, solo consideraba de modo anodino. Las cosas suelen ser silenciosas en la cotidianidad. Pero el amor o la muerte tornasolan con luz nueva los lugares o las palabras; así, tal dicha vivida, tal sufrimiento inevitable, cargan la memoria de los lugares de una fuerza que antes no conocían. La reapropiación de nuestra relación con el medio, que subjetivamente creamos y del que objetivamente nosotros mismos hacemos parte, reclama una reapropiación poetológica que abra la puerta de una nueva experiencia estética y ética de las propias circunstancias. Este proyecto ya intentado y todavía por hacer echa mano de la sabiduría ancestral del territorio, de sus leyendas, de sus fiestas, de sus tradiciones, de una cultura desde abajo, de una interpretación libre del paisaje, del relieve, del lenguaje. Es el proyecto de una relación nueva con el medio en donde la naturaleza no sea más, como en Pulgarcito, como en Hansel y Gretel, como en la literatura fantástica, el lugar de la huida y de la pérdida sino el término posible de un nuevo encuentro con la propia situación donde lo incógnito de nosotros mismos pueda revelarse. Se trata en suma de una consideración cualitativa y no una simple relación cuantitativa del medio en donde no es ya



el ser humano el que se busca fuera para comprenderse mejor sino más bien donde la naturaleza misma, que es clima y medio y todo en un fluir constante, intenta decir sobre sí una palabra definitiva: tal es «el real problema del horizonte de la historia» (Bloch, 1965, p. 451).

Referencias bibliográficas

- Aristóteles. (1988). *Política* (Trad. Manuela García Valdés). Madrid: Gredos.
- Bentouhami, H. (2015). *Race, cultures, identités : une approche féministe et postcoloniale*. París: Presses Universitaires de France.
- Beuf, A. (2017). El concepto de territorio: de las ambigüedades semánticas a las tensiones sociales y políticas. En A. Beuf y P. Rincón Avellaneda, *Ordenar los territorios: Perspectivas críticas desde América Latina* (pp. 3-21). Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Bloch, E. (1965). *Gesamtausgabe* (Band 9. Literarische Aufsätze). Fráncfort del Meno (Alemania): Suhrkamp.
- Bruckner, P. (2000). *Perpetual euphoria: On the duty to be happy* (Trad. Steven Rendall). Princeton (EE. UU.): Princeton University Press.
- Canguilhem, G. (1952). *La connaissance de la vie*. París: Hachette.
- Castro-Gómez, S. (2005). *La hybris del punto cero: Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana. Recuperado de: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Colombia/pensar-puj/20180102042534/hybris.pdf>.
- Courtois, J.P. (2016). La teoría de los climas en Montesquieu, Hume y Voltaire. *Araucaria*, 18(36), 137-163.
- Dilthey, W. (1949). *Introducción a las ciencias del espíritu: En la que se trata de fundamentar el estudio de la sociedad y de la historia* (Trad. Eugenio Imaz). México: Fondo de Cultura Económica.
- Giménez, G. (2005). Territorio e identidad: Breve introducción a la geografía cultural. *Trayectorias*, 7(17), 8-24.
- Glacken, C. J. (1967). *Traces on the Rhodian shore: Nature and culture in Western thought from ancient times to the end of the eighteenth century*. Berkeley (EE. UU.): University of California Press.
- Hipócrates. (1986). *Tratados hipocráticos II: Sobre los aires, aguas y lugares. Sobre los humores. Sobre los flatos. Predicciones I. Predicciones II. Prenociones de Cos* (Trad. J. A. López Férrez y E. García Novo). Madrid: Gredos.
- Huibers, M., De Graaf, E., Peeters, F. y Arnt, A. (2010). Does the weather make us sad? Meteorological determinants of mood and depression in the general population. *Psychiatry Research*, 180(2-3), 143-146.
- Mahony, M. y Endfield, G. (2018). Climate and colonialism. *WIREs Clim Change*, 9(2). DOI: [HTTPS://DOI.ORG/10.1002/wcc.510](https://doi.org/10.1002/wcc.510).
- Montesquieu, C. L. de S. (2003). *Del espíritu de las leyes* (Trad. Mercedes Blásquez y Pedro de Vega). Madrid: Alianza.
- Pinna, M. (1989). Un aperçu historique de « la théorie des climats ». *Annales de Géographie*, 98(547), 322-325.
- Rousseau, J.J. (1973). *El contrato social* (Trad. Consuelo Berges). Barcelona: Orbis.
- Vico, G. (1971). Principi di scienza nuova. En G. Vico, *Opere filosofiche*. Florencia (Italia): Sansoni.

